

oloreillo de los guisados y el incitante humear de los platos, le dió en las narices el festín de Baltasar; y para cumplimentar el esmerado servicio, corrió á la tienda del barrio; se compró una media botella de vino clarete, encabezado con aguardiente para hacer la travesía desde España, y bautizado con agua por el abacero, para doblar la ganancia sin andarse con cálculos y previsiones comerciales.

Después de la comida, «Pajarito» se reprobó su mal consejo de querer comprar la banda de seda; se sintió complacido y satisfecho del regalo culinario de la lavandera, y, lo que es más, pudo decir con boca llena y corazón contento que ya comía por el sudor de su frente...



XIII

VINERON días mejores para la buena de la señora Mónica; á «Pajarito» le faltaban manos en eso de pegar bostros, levantar muros y enlucir paredes; y como era ligero y listo en su oficio de albañil, hacía en un santiamén lo que otros llevaban á término en lo largo de una semana; esta agilidad de manos y esta eficacia de su persona, le traían más y mayores obras, con lo que siempre tenía seguro y abundante jornal.

Lo copioso del trabajo de «Pajarito» llevó el descanso á la lavandera en el momento en que más lo necesitaba; en tal descanso no cupo el ocio prolongado, ni la pecaminosa poltronería, ni la regalada holgura, que mujeres de la entraña de

Doña Mónica no están jamás mano sobre mano, sino que habituadas al constante ajeteo, no pueden dejar los quehaceres ni las faenas domésticas que las traen de aquí para allí en movimiento perpetuo, removiendo muebles, dando escobada y propinando trapazos á diestro y siniestro á toda hora.

«Pajarito» se oponía á la diligencia y presteza de Doña Mónica, impropias de sus ya cansados años, y le iba á la mano y la regañaba, entre serio y sonriente, cuando á vuelta de la obra la hallaba en fatigosa tarea, ya cortando la yerba rebelde que, á pesar del cotidiano corte, crecía y se ensanchaba por la amplitud del patio en exuberante renadío, á influjo de los frecuentes aguaceros que todas las noches caían; ya fregóteando los rigidos taburetes y el pesado molendero; y podando y trasplantando rosales de uariate* á un rincón sombreado por el anciano guayabo, erguido y petulante como

un viejo currutaco, pero sin flores ni frutos en sus escuálidas ramas.

Doña Mónica prometió estarse quieta y muy sentada en su cómodo butaque de extendidos brazos, zurciendo la ropa de «Pajarito», única ocupación que le permitía para que no se estuviera ociosa.

En los ratos de confidencias y prolongada plática, se trataba de sustituir la vieja vivienda de palma con otra de mampostería, bien distribuída y mejor ventilada; no podría hacerse la obra de una pieza; pero todo era que se empezara, que ya estaría en camino de terminarse poco á poco; «Pajarito» se hacía sus castillos en el aire con esto de la nueva casa, y en ello vaciaba su pensamiento—fuera del pensar en el trabajo diario—sosegado una vez que acostaba su cabeza en la almohada.

Para el huérfano se sucedían días felices y venturosos; el trabajo iba en aumento y la ganancia estaba segura; el ahorro en el fondo del baúl y el bienestar en

el fondo de la conciencia; amén de que la retrechera de la Charo* le andaba con coqueterías y zalemas que, muy á las claras, le prometían una conquista sobre la vigilancia de la vieja, cuidadora de tesoros tan puesto á la puerta, que más parecían estar en subasta que bajo las siete llaves de quintañona celosa y astuta.

A veces, entre estas dulzuras de su vida, aparecía el punzador recuerdo de su orfandad; pensaba en el abandono de su padre; en el olvido absoluto para el miserable hijo, para la madre pobre, para la desgracia hasta ahora irreparable. . . . Volvía la duda con más cruel acicate á espolear su antes apaciguada imaginación y se echaba á campo travieso por intrincados y revueltos pensamientos para volver á idear reposado y sereno; á corta tregua tomaba otra vez por enmarañados y profundos problemas filosóficos, que si no los resolvía su inculta inteligencia, sí le daban la clave para formular preguntas y preguntas sin llegar á desentrañarlas

con certeza. . . . ¿Quién resultaba culpable en aquel abandono? . . . ¿Sería su madre? . . . ¡No, no, ni pensarlo! . . . ; Atrás el ofensivo pensamiento! . . . ¿Su padre, acaso? . . . ; Quien sabe! . . . Y la desconfianza, el temor, la vergüenza y el odio, en confundidos y desenfrenados devaneos, se entrelazaban, se empujaban, se mordiscaban y luchaban atrocemente, haciéndole trizas el corazón y atenazándole el cerebro.

Después caía en dilatado sopor, que le postraba de igual suerte que si hubiera sacado sus mayores fuerzas para quitarse de la cabeza el hondo pensar torturante.

Bien pronto Doña Mónica, sin embargo del descanso y de la relativa alegría de que gozaba en medio de su pobreza, se sintió enferma; su levadura no consentía tan extremada quietud; había nacido y se había criado para el rudo y fuerte batallar de todos los días; su cuerpo se vigorizaba con el trabajo diario; aquella inmovilidad

en vez de aprovecharle, la perjudicaba, su organismo se enfermaba estando en sosiego, á igual que el hierro de una máquina se toma de herrumbre cuando queda inactiva por mucho tiempo; para ella se hicieron las labores fatigosas que cansan el cuerpo y hacen callar la imaginación; las largas velas y los continuados atareos con que se olvidan los pesares y se saca del pecho la canción tierna, impregnada de dolorosa melancolía que cae como bálsamo en las almas enfermas, en las almas muertas para el placer, que apuran hasta las heces el cáliz de la amargura, templando el espíritu en las desoladas horas de una existencia miserable, triste y martirizada por inconsolables penas y mudos y latentes infortunios.

De esta manera hecha Doña Mónica, no podía estar sin quehacer, porque estarlo equivalía á perder paulatinamente la vida; así lo había presentado y así se lo decía á «Pajarito,» quien veía en la insistencia de pegarse al remo, una de

esas manías propias de las personas de la edad y achaques de Doña Mónica; por tal convencimiento, el hijo se oponía con tenacidad á tamaños ejercicios; mandaba reposo largo y diaria quietud; y de esta suerte, «Pajarito,» con su laboriosidad de todos los días, su honradez aerisolada y su palabra seca y persuasiva, arrancaba de sus costumbres para, inconscientemente, llevar al sepulcro á su querida madre, que el cariño del huérfano era ciego y sumisa la gratitud de la lavandera.

Y Doña Mónica enfermó de quedarse en la cama, de no poder levantarse; comenzó por sentir pesadez en los párpados y zumbidos en las orejas; la cabeza parecía que se le quebraba; las extremidades rígidas; postración en todo el cuerpo y una tosesilla hueca é incesante le impedía respirar francamente.

«Pajarito» se admiró de verla y se asustó de oirla.

— «¡No é náa, mi hijito!» —le decía la

enferma tratando de sonreír entre golpes de tos y convulsiones de cuerpo.

La casa se llenó de vecinas; unas entraban á informarse de la salud de Doña Mónica, y con este pretexto contaban las más lenguaraces, la vida y milagros de toda la vecindad en diez cuadradas á la redonda; otras, más bachilleras, recetaban con seguridades de facultativo; quien proponía este potingue, cual otro bebis-trajo, y así, cada quisque por su turno, decía que era esta enfermedad ó aquel achaque, y diagnosticaban y prescribían con serenidad doctoral y risible.

«Ese é dolor de costáo—afirmaba la tía Lugarda, comadrona de barrio—y pa que sane no hay como una untáa de mastuerzo frejco con aceite de almendra dulce. . . . ¡Como con la mano, mi hijita, como con la mano!» . . .

No había franqueado el umbral la tía Lugarda en demanda del mastuerzo cuando salió señá Matiana: «Güena ejá la vieja Lugarda pa partear; pero de do-

lore de costáo y de pajmo naita que sabe la probe. . . y unque lo jure el dotor, yo apuejto que lo que tiene postráa á doña Mónica é pajmo. . . y del juerte. . . créame osté—aseguraba dirigiéndose á la vecina que tenía más cerca.—Con un poquito del té que yo hago y una friega de bálsamo tranquilo, y endejpué una cataplajma de mostaza (si no se alivia con la friega), quéa güena en el meno tiempo que lo estoy diciendo. . . .»

La desgraciada—que nunca lo fué tanto como en este momento—cayó entre aquellas manos oficiosas, atentatorias y desapoderadas que aún no acababan de aplicarle un remedio, cuando ya le preparaban otro. . . .

Llegó «Pajarito» en el instante en que su casa era una Babel por el entrar y salir, el mandar y disponer de aquella gente; se consoló con verse acompañado, él que creía hallarse completamente sólo en tan doloroso trance; pero le aturdió semejante batahola, y allá como pudo y

B. A. N. 11
 U. A. N. 11

Dios le dió á entender, manifestó á las comadres que nada se le haría á la enferma hasta que viniera el médico. . . .

«¡Con dotore y medecina de botica noj viene osté agora, señó vecino!» —exclamó doña Lugarda, que entraba con unas flores de mastuerzo, zarcillos de chayote, geranio rosa, ítamo* real y otras yerbas, que todo ello había de entrar en la infusión que le darían á beber á la enferma.

— «¡Y por qué no!» —opuso «Pajarito.»

— «Porque eso de médeco é echar el dinero al río. . . . tóo se lej vá en meter el tremómetro bajo el sobaco; agarrar la muñeca con la puntita de loj dedo y quedarse con loj ojo tieso mirando el reló; pegar el óido al pecho; dar golpecito en la barriga como si meramente juera un pandero; escrebir garrabatoj en el papel y mandar con mucha priesa á la botica por la medecina. . . . y mientra, la lisiáa de dolor se rejтира, que el dir á la botica é cosa de ejperar el día del juicio. . . .»

— «Tiene muncha razón tía Lugarda» —dijo señá Matiana. — «Pa tomar yo, en cierta vé, una cucharáa. . . . (que me mandó el dotore que me atipujara una cáa doj hora), se éjtuvo mi hijo dende la ocho de la mañana jasta las doce del día; á la tré golvió el médico; sólo habfa tomáo yo una cucharáa. Me dijo lo de siempre: «¡A ver la lengua!» . . . La saqué tamaña así de largá. . . . Al vérmela, dijo: «Toavía no hecho efeito la medecina.» . . . ¡Afigurese osté si haría efeito una cucharáa! . . . Y pa remachar el clavo, ái tiene osté que mandó cambear el menjurje y yo tuvé que botar laj primera cucharáas pa comprar otro bebijtrajo de la mesma botica; total: que pagué nueve rialé por doj recetaj y no sané con ninguna, y si no é por la enjundia de gallina con zábila me voy pa el otro mundo. . . .»

A «Pajarito» le iba cargando la zizaña picotera de tales viejas contra los médicos y la botica, é impaciente por la tardanza del doctor, tomó el sombrero y

salió para la calle, dejando á las viejas á andar manga por hombro en las cosas de la casa.

Fué por las viviendas donde el médico acostumbraba á hacer sus visitas; en todas le decían invariablemente: «Acaba de salir ahorita.»

Viendo «Pajarito» que resultaban infructuosas tales pesquisas, dirigió sus pasos á la botica á esperar la hora de la consulta.

Iba muy de carrera cuando se encontró de manos á boca con Chencho, tamaño de grande.

—¡Adió, «Pajarito!»... ¿qué no me conoce?

—¡Sí, hombre, á ti te conojco jasta en chilpachole!*

—¿Onde vaj tan de priesa?

—¡A la botica!

—¿Qué tienej alguna novedá?

—Y mú grande, Chencho!

—¿Qué te pasa?

—¡Mi máma se ejtá muriendo!

—¡No me igas!

—¡E mú cierto!... y vamoj andando que voy por el médico...

—Pué andando!... —y Chencho ajustó su paso al de «Pajarito,» y siguió diciendo:— «Pero dime, «Pajarito,» que hasío de tu vida dende que no golvijte á la ejcuela?...

—E mú largo de contar... ¿Y á ti qué vientosj te han sopláo?...

—¡Güenos y maloj! de toito un poco... Ejtuve con Don Facundo jasta que me aburrí de repetir aquello de «el verbo é una parte de la oración que desina ación ó estáo»... y sumar, y restar, y dividir las mismas cifraj... ¿Qué retebién hicijte en reventarte* antej que yo!... ¡Cuidáo que ái se aburría uno con aquellos problemotas y con tanto meterse en la chola* alrevesáos número y...

—Yo, como sabej, dentré de pión de albañil por consejo de mi padrino Gualupe... y no me arrepiento, Chencho, no me arrepiento, porque aquí ónde

me véj, ya me gano mis cuatro y cinco pesos diarios... y no me falta trabajo... Por oritá se me cayó mi gozo en un pozo, porque mi máma se ha enfermáo y Dioj quiera que á la probecita no se la lleve á su santo reino...

—No te aflijas... puede ser que el doctor, que é mú acertáo, te la sane... A mí sí que se me jué pa el otro barrio la mía, porque no tuve para doctor ni pa medicina... y esas maldecías viejas... que en tóo se meten... tuvieron la culpa... en un doj por tré la dejpacharon pa la eternidá y se quedaron tan frejcas...

—Ora también... sin que naiden las llamara á esas brujas, llegaron como hormigas... y si nó me pongo serio de juro que acaban con mi viejita... pero yo lej dí el portante y por ese vengo á traer el médico...

—Jaces mú bien, «Pajarito», mú bien... yo con la pasta* que tú tienes no me hubiera quedáo corto... ¡Ya llegamoj á

la botica!... ora... ¡adió, y que mejore tu máma!...

—¡Adió, Chenchó!, no dejes de dir por allá pa lo que se ofrejea... pué como mi padrino Gualupe se jué pa Vera-erí de máistro de obra, ái tienes que no cuento con ningún endividuo de mi confianza pa ejta cosas...

—Náa tiene que decirme!, jasta luego!...

Chencho se despidió cariñosamente de «Pajarito,» quien quedó en la dura banqueta de la botica, donde también otros estaban, á aguardar la hora de la consulta.

Trascurrieron un par de horas y al final de ellas llegó el galeno; en tomando la puerta lo rodearon una porción de personas que iban con el mismo empeño de «Pajarito:» que el médico fuera á ver al enfermo.

«Sólo recetaré,» porque ahora me es imposible ir á ver á nadie... he recorrido todo el pueblo y hasta la tarde volveré

á visitar á mis enfermos.» Después sacó de la bolsa de pecho del saco una cartera atestada de papeles, y en ella apuntó el nombre de los nuevos pacientes á quienes tenía que reconocer en la tarde, con lo que se despidió la multitud de gente que lo acosaba á preguntas.

Entonces, «Pajarito» se acercó al médico, y le dijo con tono compungido: «Dotor, mi máma ejtá de muerte con un dolor mú fuerte...

—¿Qué clase de dolor...?

—Pué diré á osté: dolor de costáo....

—Bueno: te daré una receta—y sobre de la rodilla, con la cartera de cartapacio, extendió el récipe, y alargándosele á «Pajarito,» le mandó: «Tráete una botella!»

—Si no truje la... y pa dir á la casa mé coje relejísimo!...

—«A ver, muchacho, dále una media botella á este marchante y despáchale esa receta!»

En tanto que el mancebo de la botica

entró por la botella, el médico le hacía la siguiente indicación á «Pajarito:»

—«De lo que contenga la botella, le das á la enferma una cucharada cada hora hasta que yo vaya!...

—¡Adiós—pensó «Pajarito»—si serán las mentadas cuenaradas de que me habló la tía Matiana!

El médico levantó el vuelo y «Pajarito» se quedó á esperar el manipuleo de la medicina.

Quando llevaba «Pajarito» en la botella un líquido amarillento y espeso, con la retapa roja fuertemente ceñida á la boca, fresco el rótulo del marbete, creía ser portador de una panacea que libraría á su madre de las garras de la muerte; sintió esa fe ciega que se apodera de los que ven en la consulta médica el milagroso auxiliar que ahuyenta los dolores y mitiga y acaba con los sufrimientos...

En un verbo estuvo en su casa, invadida aun por las curanderas; y luego que

entró, hallóla toda ella revuelta y alborotada la *recámara*,* y las mujeres—para darles nombre femenino—á daca el aceite y toma el sinapismo; tú el mas tuerzo y yo la zábila; aquí el fioraventi, acullá la friega; quien sale; quien entra; quien en aremangos; quien faldas en cinta; y daban una grita y levantaban una algazara que se venían los techos al suelo sin entenderse las unas con las otras.

«Pajarito» se acercó al lecho abriéndose paso con los codos entre la apretura de viejas que invadía la estancia; vió á su pobre madre sudorosa, extraviada la vista, convulsa la boca y castañeándole los dientes; á poco le acometieron fuertes vómitos acompañados de ayes lastimeros. . . . En tropel acudieron las viejas al lecho.

—¡Ya ejtá haciendo su efeito el té... no se loj ije!—exclamó orgullosa una de las tías allí presentes.

—¿Qué té? preguntó, «Pajarito.»

—¡Adió de mi dinero! . . . ¡el té de cu-

carachaj, crijtiano, que é el ligítimo remedeo pa ejtos dolore de costáo. . . .

—¡Viejas cochinas, atrevías, largo de aquí!—gritó «Pajarito» en un arranque de cólera.

Y la turba de viejas officosas tomaron la calle santiguándose de la brusca despedida de «Pajarito» y encontrando pequeña la puerta para escabullir el bulto.

* * *
«¡No te lo dije, Chencho, no te lo dije! . . .» «¡Se murió mi mamácita! . . .»

Y «Pajarito» estrujaba á Chencho entre sus brazos y lloraba amargamente y le repetía, sin saberlas quizás, las palabras del filósofo del estercolero: «Dios me la dió, Dios me la quitó.»

A Doña Mónica en pocos días se la llevó una bronconeumonía; no valieron cucharadas de cordiales ni aprovecharon inyecciones médicas. . . . La calentura subió, subió rápidamente; la tos incesante asfixió á la enferma.

«Pajarito» quedaba para toda la vida realmente huérfano; se le había ido el único fuerte lazo que le sujetaba á este mundo de miserias; pensó morir de dolor, de desesperación, de abatimiento; pasaron muchos días sin salir á la calle; contrajo deudas; estuvo semanas encerrado en la casucha, solo con sus recuerdos, triste con sus penas. . . . Si miraba el butaque de extendidos brazos, abandonado por la persona querida que siempre lo ocupaba, se echaba á llorar como un chiquillo; en cada mueble, en cada objeto veía una emanación, un reflejo del alma ausente de la lavandera. . . . Y luego, aquellas palabras entrecortadas que le dijo; palabras quedas, muy quedas, que más adivinó que comprendió, vinieron á ser como la sola herencia que le dejara su madre; una herencia de lágrimas, de duelo, de miseria y de abandono. . . .
 ¡Oh, qué solitario se desarrollaba ante su vista el panorama de su existencial

¡Cómo en medio de su desgracia veía brillar el destello pálido de una estrella con las débiles claridades del faro lejano en el furor de la tormenta!

¡Qué cosa tan mezquina había sido y era su vida!... Una niñez miserable, fría, aislada, huraña; una infancia triste, desvalida, rústica y austera, y una juventud amarga, dura, estéril, sin goces ni delicias. . . . ¿Para qué quería semejante vida?

Y hundía su pena en el caos insondable donde el suicidio pasa su sombra negra y siniestra, y la muerte atrae con los vértigos del abismo!

Chencho venía á verlo todos los días; se esforzaba en sacar de su larga postración al amigo querido de la infancia, ya contándole anécdotas y chascarrillos, de lo mejor de su repertorio; ya dándole menuda cuenta de todo lo que pasaba en el terruño, multiplicando y elevando al cubo la cosa más baladí por medio de su inventiva, y en todo teniendo el delicado tino de no hablarle de la difunta.

BIBLIOTECA U. A. N. L.

«Pajarito» sonreía á veces, y Chenchó tomaba pie de ello para enderezar la plática por el rumbo que á «Pajarito» más le agradaba.

Un día de tantos, le dijo Chenchó con su natural franqueza:

—Oye, «Pajarito», ¿tú erej mi amigo, verdá?

—Muncho . . . ! quién lo duda!

—Pué mira, te voy á decir una cosa, fiáo en la amistá que noj tenemo

—¡Dilo con confianza!

—Pué ya é tiempo que cojas la cuchara y la batea A ti se te van lej días sin contarlo . . . hoy jace precisamente veinte que no vaj al trabajo . . . y tus compañeros te van á tener por flojo Sí, porque tú sabe lo mala lenguaj que son y é preciso que lej pruebe que «Pajarito» é mú hombre, que «Pajarito» é trabajaor, que «Pajarito» é honrao y ¡qué caracho, pa algo nació uno con pantalone!

—¡Y muncho que é verdá, Chenchó! . . .

Mañana mesmo me planto en el trabajo y verán esos jijos de su máma quién es «Pajarito», que no tiene rabo que le pise naiden, ni perro que le ladre y pa pagar bollo y repellar no me alcanza ninguno de esos hablaores.»

Chenchó dió en el clavo con picarle el amor propio al francote y dolorido albañil, y aprovechó la ocasión para batir la brecha por ese lado hasta convencer á su amigo y sacarlo de aquella lamentable postración y del retraimiento salvaje, en el cual «Pajarito» tomó fuerzas para volver con más bríos á la lucha por la vida.

Al despedirse Chenchó, satisfecho de su triunfo, dejó á «Pajarito» caminando de aquí para allí, levantando y extendiendo los brazos y diciendo como grito de guerra de quien se apercibe resueltamente para el combate:

«¡A trabajar! ¡A trabajar!»

Y entonees, tal vez, su santa madre le bendeciría desde el cielo.